

(16) En aquella época solía decir de sí: *Scio me magnum principem futurum.* (Sé que con el tiempo seré un gran príncipe.)

(17) Era una especie de báculo ceñido de flores.

(18) *Cum princeps apostolorum sit magnifice honorandus, cur isti tam parvas oblationes in ecclesia faciunt ubi corpus ejus quiescit?*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO II Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.

AURORA DE LA ORDEN

Rompe Francisco los últimos lazos.—Se consagra a servir a los leprosos.—La lepra en la Edad Media.—Francisco repara tres iglesias.—Desposorios con la pobreza, y nacimiento de la Orden franciscana.

.....
Entonces te dijo Cristo: si quieres
seguirme, abraza con gran de-
seo la cruz.

.....
(Jacopone de Todi.)

Llegaron hasta Pedro Bernardone ecos del escándalo. Saliendo precipitadamente a la calle, cayó sobre Francisco, y abrumándole a golpes, a bofetones y puñadas, le fué llevando hasta su casa, donde le encerró en un chiribitil (1). Doble era la cólera del negociante, ya por ver que su primogénito renunciaba al porvenir mundano, ya por la herida que abría en su vanidad de ciudadano de Asís el espectáculo del sucesor de su nombre escarnecido por loco en la plaza pública. Al visitar a Francisco en el encierro alternaba ruegos y amenazas por lograr que volviese a la vida de sus primeros años. Francisco rezaba, oponiendo a las embestidas del furioso padre el escudo de la paciencia. Pica se deshacía en lágrimas, viendo

al hijo querido maltratado en su propio hogar. No bien hubo salido Pedro Bernardone a una de las acostumbradas excursiones comerciales, corrió Pica a la oscura covacha y dió libertad a Francisco, cubriéndole de llanto y besos. En el alma de la madre resplandecían la compasión y la tolerancia, que faltaban al tosco populacho y al carnal y codicioso padre (2), el cual, vuelto de su viaje, hizo nuevos extremos de furor al hallar vacío el encierro; y sabedor de que el hijo se había acogido a San Damián, fué a buscarle allí. Francisco no se ocultó ya: tranquilo y resuelto esta vez, hizo frente al airado Pedro Bernardone, que, acusándole de defraudador, le pidió el importe de los fardos vendidos en la feria de Foligno. Francisco señaló al poyo de la ventana, donde todavía se hallaba la moneda. Recogióla Bernardone con avidez; pero creía a su hijo dueño de mayores tesoros, y ya por arrancárselos, ya solamente por perseguirle, le citó ante la justicia. Se negó Francisco a someter al juicio del siglo su conducta (3). Entonces Pedro acudió a Guido, obispo de Asís, a quien Francisco se presentó satisfecho, exclamando:—"Iré ante el Obispo; él es padre de las almas."—Guido recibió con benignidad extremada al mozo penitente, y le exhortó a entregar a Pedro Bernardone cuantos dineros hubiese tomado de él, a fin de que cesase tan penosa cuestión.—"Todo lo restituiré"—contestó Francisco: y sin dar tiempo a más, le entregó la corta suma que aun le restaba, y con extraña alegría comenzó a desnudarse de su ropa, quedándose en carnes con sólo el paño femoral y el cilicio; y volviéndose a su padre, pronunció con ímpetu de regocijo estas palabras memorables:—"Hasta hoy te llamé padre en la tierra; de hoy más podré decir seguramente: Padre nuestro, que estás en los cielos, en quien puse mi tesoro y mi esperanza toda" (4).—Guido echó los brazos al cuello del joven y tendió sobre sus hombros su propio

nanto: después le dió el tabardo grosero de uno de sus criados; encima de esta prenda hizo Francisco la señal de la cruz al vestirla.

Divorciado ya para siempre del mundo, corrió Francisco, como ave que ve rotos los hierros de la jaula, a comunicar con las amadas soledades la libertad de su espíritu. Errante vagó por bosques y montañas, cantando en aquella lengua francesa, que era para él idioma de la poesía, los loores de su nuevo celeste Padre: y como entre las breñas le detuviesen algunos salteadores preguntándole su nombre, contestóles con convicción:—"Soy el heraldo de un gran Rey."—"Quédate ahí, impostor y ridículo heraldo", replicaron ellos con burla, desnudándole, apaleándole y arrojándole a un hoyo abierto en la nieve. Francisco siguió cantando y vagando por las selvas. Llegó pidiendo limosna a las puertas de un monasterio. Le dieron de comer en pago de servicios humildes que prestaba en la cocina: mas como no hubiese podido lograr una túnica con que cubrir su cuerpo, se dirigió a Gubio, donde un antiguo amigo le hizo presente de una hopa grosera, de una correa y de un báculo (5); prendas que usó Francisco por espacio de dos años, hasta ponerse el sayal de su Orden.

La plenitud de su alma pedía desahogo. No era propio de Francisco estacionarse en la contemplación, sino derramar en actos, en efusiones comunicativas, el amor que le devoraba. Deseoso de dar empleo a las energías latentes de su espíritu, miró a su alrededor. Y así como en las épocas en que le sonreían la gloria profana y los fantasmas del poder, su osada fantasía se remonta hasta los puestos más insignes, hasta ver la púrpura que cubre el trono, el laurel que ciñe el coronado casco; ahora, persiguiendo distintos ideales, descende a los abismos de la mayor miseria y abyección que en lo humano cabe; va a abismarse allí donde habitan el dolor y el desprecio; donde la huma-

nidad se aparta horrorizada; donde sólo se hallan hediondez y laceria. El aprendizaje de Francisco, su entrada en las nuevas vías, fué consagrarse al servicio de los leprosos.

Es hoy la lepra tan escasa en nuestras regiones occidentales, que pocos europeos tienen conocimiento de la forma en que se presenta semejante azote. Afección misteriosa, cuyo origen envuelve sagrado terror; que se remonta al comienzo de los días de la especie; que imprime su sello pavoroso en las páginas bíblicas, hasta el punto de que Moisés la llame con el nombre expresivo de *tsarath*, es decir, *mal terrible* (6); que a un signo de Dios baja tremenda,—ya a aquilatar la paciencia del justo tendido en el estercolero, ya a abatir la soberbia del impío encumbrado en el trono;—la lepra, antiquísima en Oriente, cayó en la Edad Media sobre Europa. Trajéronla influencias y circunstancias que no es fácil señalar con precisión, pues si bien se atribuyó a la comunicación que con el Oriente establecieron las Cruzadas, consta que ya en el siglo VII fué preciso promulgar leyes draconianas para atajar en Lombardía los progresos de la lepra, y en el VIII, Carlo Magno, en Francia, ordenó el aislamiento completo y riguroso. En presencia de la calamidad fué evocado el recuerdo de las severas disposiciones mosaicas; la sociedad quiso segregar el miembro gangrenado por salvar el resto del cuerpo. Despierta la admirable actividad de aquellos siglos; asociada la idea religiosa a las medidas higiénicas para dulcificarlas, el mal que arreciaba se combatió con la caridad que crecía. Formóse la Orden de San Lázaro, en que el gran maestre era siempre un leproso; y esta Orden, heroica en los campos de batalla, incansable en la fundación de asilos para el dolor, contaba a mediados del siglo XIII, diez y nueve mil hospitales suyos esparcidos por toda la cristiandad (7).

Era la lepra a modo de horrendo enigma propuesto al hombre, que ignoraba sus causas (8) y los medios de combatirla. Semejante a árbol maldito que arroja innumerables renuevos tan emponzoñados como él, desarrollábase el contagio con lujo de horribles modificaciones. Ya era la lepra negra, que abigarrá el cutis salpicándolo de manchas y tubérculos leonados o del matiz de las heces del vino; que hace manar del rostro un humor repugnantemente oleoso, que hincha y desfigura todas las facciones, que roe el cartilago de la nariz, el pabellón de los labios; que se lleva el cabello, la barba, las pestañas y las cejas; que deslie los ojos en un masa purulenta, y vuelve quebradizas como cristal las uñas; que encoge los músculos y va desprendiendo una a una las falanges de los dedos, hasta que por último llegá a desligar las articulaciones que sostienen manos y pies. Ya la lepra blanca, que destruyendo el pigmento, tiende un sudario de nevada podredumbre sobre los muertos tejidos. Ya la lepra ulcerosa, que se ceba en la epidermis y en la carne, llegando con sus caries hasta la médula de los huesos, haciendo del cuerpo vivo conjunto de viscosa fetidez, despojo informe, roído por todas partes, como están los cadáveres en el osario, animado sólo de un espíritu para sufrir. Ya la elefantiasis de los árabes, que muda la forma del hombre en monstruosa caricatura de paquidermo; que da al cutis apariencia de cuero tosco y rugoso, o lo cubre de leves escamas de pez, o bien de gruesas costras amarillas; que entumece y anestesia los miembros hasta el extremo de que el paciente no los tenga por parte de su cuerpo, sino por carga horrible que arrastra pegada a sí. Y bajo cualquier aspecto que se presentase la lepra, rebelde entonces como hoy a los esfuerzos de la medicina, contagiosa quizás (9), repulsiva a los sentidos, era más temible y cruel mil veces que la peste, porque el infeliz leproso

se veía a sí propio corromperse, deshacerse y fenecer, no con rápido aniquilamiento, sino con sepulcral lentitud, como difunto abandonado ya a la lobreguez, a las sabandijas y al hedor de la fosa.

Se explica la impresión producida en los ánimos de la gente, en la Edad Media, por la lepra, terrible testimonio de que la vida y salud del hombre brotan y pasan cual la flor de los campos (10); de que son viento y humo no más; de que la podredumbre es nuestra madre y los gusanillos nuestros hermanos (11). Hay quien acusa hoy a los siglos medios de haber postergado el cuerpo, menospreciado y anatematizado la carne; mas ¿cómo no serían profundamente espiritualistas edades que veían la hermosura vuelta cenicienta, la robustez aniquilada por misteriosa epidemia, la gallarda forma mudada en deformidad, el organismo admirable del hombre hecho blanco de todas las miserias? Insensato fuera en verdad el culto de la belleza física, si al contacto del dedo de fuego del mal se consumía como arista deleznable; loca la apoteosis del cuerpo, si éste, declarando su origen de barro y lodo, volvía a la inercia de la materia, perdida la delicada estructura de sus más íntimos tejidos, la sensibilidad de sus fibras, el ejercicio de sus más nobles órganos, el tuétano mismo de sus huesos (12). ¿Qué valía el verdor de mocedad, qué el brillo de la tez, qué el fulgor de la mirada, qué el garbo del talle, si en un abrir y cerrar de ojos, eran la más linda dama y el más apuesto galán objeto que pone espanto? Pero bajo la cárcel de arcilla del cuerpo leproso, la sociedad de los siglos medios adivinaba una substancia inmortal, una partícula luminosa, un alma. Aislaban al leproso prohibiéndole con severidad la asistencia a sitios públicos, ferias, mercados, tabernas, molinos, iglesias, monasterios; el tocar a cosa que no le perteneciese, el atravesar por calles o senderos estrechos, el acercarse a mujer al-

guna excepto a la suya, el sacar agua de los pozos, el salir sin las insignias de gafo. En un lugar apartado y desierto alzabase pobre choza, asilo del desventurado por todo el resto de su miserable vida. Allí encontraba el grosero traje especial, distintivo de su gafedad; allí el barril, el embudo, la tosca vajilla con que había de guarnecer su mesa perpetuamente solitaria. Se le vedaba dirigir la palabra a nadie: su modo de llamar por los demás hombre era el redoble de una carraca; su compañía, el silencio; sus labios debían apartarse de las ondas frescas de fuentes y ríos; su aliento empozoñaba el aire; sus manos se guardaban de posarse en la cabeza de los niños.—Tal fué la condición del leproso.—Pero la gran moderadora y educadora de los siglos de hierro, la Iglesia, no olvidó a las ovejas enfermas y roñosas; con especial ternura las estrechó en sus brazos. A la antipatía que el pueblo mostraba a los repugnantes gafos, opuso el Cristianismo simpatía y respeto, enseñando que Cristo había sido anunciado al mundo por los profetas como leproso (13); que había amado a los leprosos singularmente; que éstos eran en la tierra imagen del Salvador mismo (14); que sus plegarias, purificadas por el dolor, llegaban más veloces a los pies del que llamó a sí a los afligidos; que aquella muerte lenta del cuerpo era renacimiento para el espíritu; que si a veces podía la capa de lepra ser castigo de ignoradas iniquidades, otras era visita del Señor a sus predilectos, como los males de Job el justo. Los Concilios reclamaron para el leproso la comunión de los fieles, la entrada en el templo, la Eucaristía, la indisolubilidad del lazo conyugal, que aseguraba el santo consuelo del amor legítimo; y en fin, la tierra sagrada para dormir el sueño eterno (15). Los Papas encomendaban a los Obispos gran celo y afecto en el cuidado de los leprosos, y los Obispos los visitaban y asistían. En el Concilio de

Letrán se declaró la Iglesia madre de todos los cristianos, protestando contra la dura existencia impuesta a los míseros a quienes en su solicitud prodigaba dulces nombres, llamándoles *pobrecillos del Dios bueno, amados de Jesucristo*. Penetradas de afectuoso y consolador espíritu se hallan las ceremonias con que la Iglesia solemnizaba el acto de apartar al leproso del cuerpo social. Celebrada la misa por los enfermos, revestido el sacerdote con estola y alba, derramaba agua bendita sobre la cabeza del leproso; en seguida le hablaba del reino del Paraíso, donde no existe adversidad ni mal, donde los bienaventurados resplandecen como el sol sin mancha alguna, y del vínculo nunca roto que une a la Iglesia con todos sus hijos (16). Bendecía después el pobre ajuar; esparcía tierra del cementerio sobre la frente del futuro solitario, pronunciando la solemne frase: *Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo*. El pueblo entre tanto entonaba graves cánticos. Sobre la misma puerta de la cabaña del leproso colocaba el sacerdote la cruz santificadora de la morada; al pie, un cepillo recogía la limosna de los transeuntes; y dejando ya al triste en la silenciosa mansión, el clérigo y la multitud se volvían juntos al templo, a impetrar del cielo paciencia para el enterrado vivo. En Pascua de Resurrección, cuando la primavera viste de gala campos y bosques; cuando el mundo despierta alborozado, la Iglesia recordaba que un paria gemía, mezclando sus ayes de amargura al concierto de la naturaleza; y entonces decía al leproso:—"En memoria de este tiempo santo en que Cristo alzó la losa de su sepultura, rompe tú esa cárcel y sal a gozar del perfume de las flores, y a ver el azul del cielo."—Y era lícito al leproso en Pascua respirar el aire libre.

¿Qué sería de los leprosos a faltarles el amparo de la Iglesia, cuando la muchedumbre, ignorante y vehemente, hecha a presenciar inhumanidades y es-

cenar de exterminio, era tan fácil en verter sangre? Si el baluarte moral de la protección eclesiástica no defendiese a los leprosos, el populacho acabaría con ellos sin piedad. A despecho de la influencia eficaz del Cristianismo, es tal la fuerza de las impresiones que mueven a repugnar lo feo y lo infecto, a asociar la deformidad moral y la física, que aun hoy el nombre vulgar que recibían los leprosos (*ladres, maldres* en Francia, *gafos* en Castilla) es un epíteto insultante; que en Gúinea se les creyó causa de la peste y envenenadores de las aguas; que en España se les acusó de haberse confabulado con los moros granadinos y con los hebreos para tramar la pérdida de los cristianos; que a cada momento se hallaron expuestos a ser víctimas del furor de las turbas y degollados en masa, si religión y caridad no protegiesen su existencia (17). La Iglesia, al escuchar a los proscripciones, no echó mano de medios violentos: empleó el más suave y seguro: el amor. Amó mucho a los leprosos, y su cariño se comunicó al mundo entero. En los modernos tiempos, desde que el Estado, eje de la máquina social, monopoliza la beneficencia, la miseria, que en cierto modo pudiera llamarse lepra de nuestros siglos, es encubierta, emparedada, escondida, porque no asome a la superficie de nuestra soberbia civilización: se arrincona al mendigo, acallándole con un mendrugo, si es posible: mas ¿quién le ama, quién le acaricia, quién le corteja, como eran en la Edad Media cortejados los leprosos? Filántropos hay que, con sincera abnegación, se consagran al socorro de sus semejantes; la bolsa del rico se abre, no sé si de compasiva o de medrosa; pero ¿dónde está el amor, que todo lo endulza y vivifica? ¿Dónde reyes como San Luis, que al separarse del hediondo leproso del lazareto de Loyaumont, sentía el mismo pesar que si se apartase de un pedazo de su alma? ¿Dónde Isabel de Hungría, que deponiendo

la triple diadema de poder, juventud y hermosura, curaba diligente las llagas del elefanciaco? ¿Dónde la condesa Sibila de Flandes, dedicada en lo mejor de su vida al cuidado de la lepra? (18) Porque importa notar que la Iglesia, al infundir piedad hacia los gafos, no se dirigió primero a las clases populares: el ejemplo, la lección sublime, de alto habían de venir: y así como el que murió en la cruz era un Dios, los que le imitasen debían ser lo más encumbrado de la terrenal grandeza. Convenía que los pies del leproso fuesen lavados por blanquísimas y bellas manos reales; que orgullo, sangre y beldad se posturasen ante la miseria y el horror, para alzarse después con divina aureola. Así la primer transfiguración del galán mancebo de Asís se verificó el día en que halló en el valle de Espoleto a un hombre acostado al borde de la senda, que levantando la frente y mostrando mejillas, narices y labios devorados por el mal, quería besar los pies de Francisco. El primer movimiento de éste, dictado por la naturaleza, fué desviarse con horror; el segundo, llegarse al gafo y juntar la boca con la suya en beso de paz: realizando este acto de abnegación, se halló el leproso por virtud de la caridad, repentina y completamente sano.

Las dos veces que se refiere de Francisco esta caricia heroica otorgada al sufrimiento, consigna la historia la batalla que sostuvo: porque Francisco, jurado enemigo de los sentidos, los tenía muy despiertos, delicados y vibrantes, prontos a recibir ávidamente la excitación del placer y la percepción de cuanto halaga y deleita. Desde la niñez, la vista y olor de la lepra le infundían espanto; y en la ascensión gradual de su espíritu, fué a buscar aquello mismo que rechazaba ciegamente su carne. Así lo declara en su testamento.—“Y como yo estuviese entonces (dice refiriéndose a sus mocedades) envuelto en pecados, me era muy amargo ver a los leprosos;

pero el Señor me trajo entre ellos. y usé de misericordia con ellos. Y apartándome de ellos, aquello que antes me parecía amargo, me fué convertido en dulzura del alma y del cuerpo, y de allí a poco salí del siglo.”—Francisco transmitió a sus discípulos la caridad que le abrasaba: de él aprendieron Santa Isabel y San Luis a sufrir la vista de úlceras y tejidos cancerados, y a vivir escuchando, como Dante en el ingreso del infierno,

.....
sospiri, pianti ed alti guai,

.....
*diverse lingue, orribili favelle,
 parole di dolore, accenti d'ira,
 voci alte e fioche (19).....*

Si bien suelen los leprosos padecer más abatimiento y enervación que furia, todavía algunos presentan fenómenos de hiperestesia que manifiestan en rabiosa cólera. En las *Floreциllas* se lee el relato de cómo Francisco, con dulzura y mansedumbre, sanó de alma y cuerpo a uno de esos frenéticos. Se agitaba en su lecho, profiriendo blasfemias y maldiciones; los frailes le cobraron temor, creyéndole poseído del demonio. Por esto y por no escuchar sus escandalosas palabras resolvieron abandonarle; sabedor de lo cual, corrió Francisco a su lado:—“Dios te dé paz, hermano mío queridísimo”,—dijo saludándole;—y el leproso respondió:—“¿Qué paz ha de darme Dios a mí, si me ha quitado toda paz y todo bien, y me ha vuelto podrido y apestoso?”—Y como Francisco esforzase su elocuencia en consolar tan sombría desesperación, el leproso se quejó de los frailes y de su asistencia.—“Hijo, — pronunció Francisco — yo te serviré, una vez que los demás no te satisfacen.”—“Que me place—dijo el enfermo;—pero ¿qué harás